



Juan Velázquez

En andas y en convocatoria está ya la II versión del "Premio Pancho Guerra". Y es que el nativo Tunte de nuestro escritor fundó tal galardón y, en su meritoria tarea evocadora, persiste alertando su memoria: la de un hombre que nació y bautismalmente le pusieron el humilde nombre de Francisco, por las estribaciones más bajas de unas Cumbres que, al menos, siempre destilan "aguas que traen un hilillo de frescura que conforta", como en cabal expresión del mismo escritor tuvimos conocimiento. Pero, en su propia andadura y sirtes de escritor responsable, el que nació para que le llamaran Francisco Guerra Navarro, "tiró para el Barranco" y se sacudió el polvo de su designación bautismal, ciñéndose, voluntariosamente, su definitiva nominación de "Pancho Guerra".

Y así, para siempre, no nos responderá por otro nombre.

No sé hasta qué punto la nueva convocatoria del "PREMIO PANCHO GUERRA" cumplirá integralmente la finalidad de lograr una persistencia evocadora, con los dones de una valoración abarcadora, total, y de la que no nos sobrevenga la inveraz realidad. Pues si se nos prosencia, - con exclusiva luminosidad cargada por lo que tradicionalmente se ha visto como constitutivo de su llamado "costumbrismo" -, el escritor nacido en Tunte nos va a resultar invalorizado. Se nos va a quedar quebrado. O partido, - en su justa valoración -, lo más acentuado de su personalidad de buen escritor, llegará a esfumarse y hasta lo arriboso del olvido. Y así, en poca cosa se nos quedará su eternal memoria. Pues lo que en él fue la sutileza expresiva de su proverbial sonrisa, desmedrada su propia e integral significación, resultará siempre su pura labor de "costumbrista"

LA GUARDADA SONRISA ACENTUACION DE SU

más proclive a lo carcajoso y regocijantemente vulgarote.

Y es que hasta la fecha, el acentuado derroche de la fina socarronería del escritor, está huérfano de un estudio psicológico. En relación con esta ausencia, y como supuesto o ingrediente ordenado hacia una perspicaz metodología que nos pudiera llevar, hacia un congraciado logro. Y digamos que, personalmente, su mismo lenguaje era el arcano de su retenida sonrisa. Una sonrisa que se le adentraba en su propia alma expresiva. Pero esa denunciada sonrisa se le frisaba en un descaimiento, fijado en el detenimiento de sus labios: exigiéndonos una vivaz interpretación. A su modo, Pancho Guerra, se estereotipaba aquella su sonrisa, guardándose, recatadamente: como bebiéndose, entre una sutileza de recomidos labios. Acendrados estos en el secreto suyo; para, después, finalmente, acentuar una mirada inquisitiva, como prácticamente paralizada pero incitativamente animada con la vivaz expectativa de una contestación de su posible interlocutor. O en una situación para sí, reservona, más escondida y afanosamente elaborando su propio criterio, a través de aquella su sutil socarronería.

Aún con el tratamiento del aspecto de su reobrar humorístico, se nos quedaría Francisco Guerra Navarro como amañado, en una insatisfactoria incompletud. Pues hacia la certidumbre de un diagnóstico almosamente configurador, su expresividad popularizada sólo le fue un aspecto singular de su significativa personalidad y no, para sus adentros, la más entrañable. El supo recatarse, y sólo con semejantes denunciadores, un incontenible inconformismo. Se sabía, elegantemente, reservar el dramático secreto de una especial frustración vital. (Y sin que esa frustración alcanzase a su desideratum literario, tenida cuenta que su labor, dentro de lo conceptivo y realizador de una tarea de buenas y expresivas letras, estamos seguros que se movió, - sobre todo en su última época - en unas puras complacencias personales.) Mirando a su propia genialidad, aquél mismo dramatismo que transió a su reservada intimidad, no se le adoleció como insuperable. Y aún menos podríamos pensar que le acometió el terrible agujón

DE PANCHO GUERRA Y LA INTEGRAL PERSONALIDAD

de un anonadante tragismo: pues siempre venció, - reflexivamente-, sus vitales situaciones, con personales superaciones, en apuradas descargas y sacudidas. Obtuvo, así, una resolutiva y aparente, alegre, desenvoltura vital. Todo se lo facilitó, genialmente, el impulso de su vigorosa creación artística: obteniendo una eficacia depuradora, catártica, en la cribación evasiva de su fuerza expresivamente literaria.

En la eclosión de su integral ontología, en la presentación de su completa personalidad, nos vendría el fino popularismo de sus expresiones últimas, en la pura decantación de sus "Memorias de Pepe Monagas". Esto es, como tarea definitiva, después de su labor preparatoria: en los "Entremeses" y "Cuentos". Que estas sus primiciales labores popularizadoras fueron discurriéndole por un experimentalismo, como en un tanteo predispositivo, para, finalmente ofrecernos la tarea ya redonda, bien articulada, de una narrativa atractiva y con los dones culminativos de un clasicismo popularista, dignamente expresivo y con la impronta de una prosa innovadora y con la turgencia y el color de nuestra tierra: que con lo significativo de su póstuma e incompleta obra el "Léxico", -temperalmente expresivo-, nos han dado la fibra más vigorosa de su personalidad.

Y lo demás que Pancho Guerra no llegó a expresar en su pura labor "costumbrista", se le volatizó en el llano y chispeante conversar: en palabras no grandilocuentes, más bien humildosas, casi como en un tímido susurro. O se le pudo quedar, también, en sus esquinces ensayísticos. O lo marcó dando sus preferencias a ciertas labores dramáticas, como el caso o situación adaptadora, escénicamente, de la presentación de "La Umbría" de "Alonso Quesada" (Rafael Romero). Y hasta en la escenificación de "Nada", la novela de Carmen Laforet. Como, asimismo, en esas inéditas tareas, sobre las que se nos ha dado conocimiento póstumo: lo de "Las Tres Lunas Rotas" O la también póstuma novela sobre "El Agua" o en la diversidad de otros esbozos o planteamientos, con inconclusa tarea. Que en cuanto al "Léxico", aún habiendo obtenido su publicación póstuma asistimos, a su hora, a la triste eviden-

cia de una incompleta labor, en la que subyacía la alertada esperanza que se nos quebró con su fallecimiento.

Con lo expresado, - a muy grandes rasgos-, Pancho Guerra nos presentó - en su obra y en la ceñidura que dió a su cabal hombría-, una valorable dicotomía. Es decir, fué el hombre de las grandes y pequeñas cosas. Y su doble y confusa fluencia, acaso, hizo que pudiésemos padecer, inicialmente, un daltonismo; una lamentable indiscriminación. Dígase, -y ello resulta cierto-, que su expresión más corrientemente conocida fue siempre la que se vió arropada, potenciadísima, en el derroche de un popularismo que al llegar vertido en una frecuente y reiterada expresión periodística, se nos daba a una interpretación carcajosa, exagerada: degeneradora en una desenfrenada populachería. No obtuvo esa generosa y abundante labor, la reprimida y sensible medición o comedimiento como para que se tuviese que formular distingos sutiles. Y así, las gentes, en muy anchas áreas, no supieron congraciarse con el requerido análisis. No se alcanzó una justa discriminación, en la que aún en el radio difusor de sus pequeñas cosas, se sofrosinase la desmandada carcajada: atendiendo y valorando la grandeza expresiva de esa misma pequeñez de las cosas o de las situaciones conflictivamente humorísticas. Que en cuanto a las grandes cosas, a Pancho Guerra, le refulgió su luminosa estrella, superviviente a sus precederos días.

¿Por qué vamos a seguir uncidos a la proclama y gritada propaganda de un Pancho Guerra esencial y absorbentemente "costumbrista"?

Sólo dándonos la requerida contemplación de lo que él hizo, hemos de concluir que sobre todas sus pequeñas y regocijantes cosas se vislumbran quilates humanos de una sobrevaloración intelectualizadora que superaron siempre lo facilón y prendido a la pronta y ruidosa carcajada.

Justo Telesforo